

Una primera lectura del resultado

Históricamente, las municipales han demostrado ser unas elecciones con poca participación

ÀNGELS PONT

EL PERIÓDICO DE CATALUNYA, 30.05.07

El primer dato que todo el mundo ha puesto de relieve en estas elecciones es la abstención. Ciertamente, es un indicador relevante dado su peso y la tendencia que marca. Sin embargo, para hacer una lectura cuidadosa y más exacta, así como para evitar el alarmismo, es importante adoptar una perspectiva histórica y situarla en el contexto en el que ha tenido lugar.

Primero. Históricamente, y especialmente desde 1991, las municipales han demostrado ser unas elecciones poco participativas. Desde aquel año, las dos veces que se ha superado el 60% de los votos, en 1995 y 2003, se añadía al contexto municipal una situación política relativamente crispada en el ámbito general: en 1995, previamente a la primera victoria de los populares en España, y en 2003, en plena crítica social por la posición del Gobierno de **Aznar** ante la guerra de Irak. En ambos casos, un protagonista de fondo, el PP, que se ha mostrado en Catalunya como un fuerte dinamizador de la participación electoral, no solo en las municipales sino también en las elecciones de otro tipo.

Segundo. Las elecciones municipales siempre habían precedido a las autonómicas, y en gran parte servían para marcar las tendencias de estas últimas. En las municipales de 1995, tanto CiU como PSC retrocedieron de un modo relativamente importante mientras que PP, ERC e ICV avanzaron. Estos mismos movimientos se dieron seis meses más tarde en las autonómicas, las primeras en las que **Pujol** perdió la mayoría absoluta que tenía desde 1984. Algo similar ocurrió en 1999, cuando unos excelentes resultados de los socialistas en las municipales (con la participación más baja hasta la fecha) abrieron el camino a los mejores resultados del PSC en unas autonómicas. Ahora, en el 2007, las elecciones municipales han perdido este carácter de primarias, algo que para algunos es un incentivo menos para acudir a las urnas.

Tercero. Los índices de participación son irregulares según el tipo de elección, lo que pone de manifiesto que la desmovilización no solo obedece a desinterés o alejamiento de la política sino a las circunstancias y al tipo de elecciones. No debemos perder de vista que hace solo tres años, un 76% de los catalanes acudieron a las urnas en unas generales.

Cuarto. El hecho de que estas elecciones hayan sido, por lo señalado en los puntos anteriores, más municipales que nunca, es decir, donde las realidades locales, la gestión de los gobiernos y los alcaldes haya sido el elemento principal que presidía los comicios. No solo la abstención sino la diversidad de resultados en los más de 900 municipios hace que ninguna formación política pueda salir auténticamente satisfecha. De hecho, como no había pasado en otras elecciones municipales, no hay unas tendencias claras que puedan generalizarse por parte de los partidos. El PSC ha obtenido unas victorias sin precedentes en algunas localidades (como en Lleida y Granollers), mientras que en otras ha retrocedido de forma considerable (como en Badalona, Olot o Figueres). Algo similar puede decirse de CiU, que ha sido el partido que ha perdido menos votos, ha mejorado y obtenido unos extraordinarios resultados en algunos municipios (por ejemplo en Sant Cugat, Valls o Martorell) pero ha sufrido unas bajadas muy notables (como en Sant Feliu de Guíxols, Mollerussa o Tarragona). Y así no hay ningún partido del que pueda hablarse de una tendencia generalizada en la mayor parte de la geografía catalana.

Quinto. Que haya una explicación desde el punto de vista del análisis electoral no quiere decir que no nos deba inquietar la abstención. Hace tiempo que debería preocuparnos. De forma regular, incluso en las elecciones más participativas, los grandes números nos dicen que entre un 20% y un 25% de ciudadanos no acuden nunca o casi nunca a las urnas, y cerca de otro 25% va a votar de forma puntual según el tipo de elección, la situación política coyuntural o lo que se juega en cada una de ellas. Parece que se está dispuesto a asumir sin demasiados complejos, tanto por la clase política como por la opinión pública, el primer 25%, pero se hace más difícil asumir el segundo 25%.

Sexto. ¿Cuáles son las motivaciones de esta cuarta parte del electorado que a veces vota y a veces no? Las causas, posiblemente, son distintas a la falta de interés. Pese a que el mejor método para el estudio de las motivaciones de la abstención no está en encuestas, cuando se les pregunta el porqué de la abstención, los que se reconocen abstencionistas (que son menos de los que lo acaban siendo) dan motivos variados: falta de alternativa, quien gobierna ya le gusta, no le interesan estas elecciones, todos los políticos son iguales, tengo otros compromisos... No es extraño que, salvo excepciones, en algunas localidades donde había una perspectiva de cambio más clara, la participación media es más alta y el diferencial en relación al 2003 más pequeño (hay casos como Figueres, la Bisbal, Martorell o Vic entre otros, donde ha habido un cierto revuelo electoral). Tampoco es extraño que en otros municipios con una relativa continuidad, la abstención se haya incrementado más notablemente que la media catalana (Mataró, Balaguer, Mollet del Vallès o la propia Barcelona).

Séptimo. ¿Quiénes son ese 25% de abstencionistas móviles que a veces participan y a veces no? A falta de un análisis más cuidadoso, son gente joven y de mediana edad, informada, con nivel de estudios medio o alto, que han crecido en democracia y plenamente integrados en el sistema, que ejercen el voto como un derecho y no como una obligación y que, por lo tanto, asumen la abstención como una opción más sin complejos.

Octavo. Y, finalmente, para explicar la abstención debemos tener presente todos y cada uno de estos puntos. La participación ha vuelto a ser lo más destacado de las elecciones municipales, pero ya lo había sido en 1991 y 1999. Nunca hasta hoy, y al margen de los propios comicios, había tantos canales de comunicación y participación abiertos a los ciudadanos y, por lo tanto, nunca como ahora la libertad para usarlos. Quizá en clave electoral lo que reclaman los ciudadanos es más política y no más gestión. Y, al revés de lo que está de moda, más diferenciación de proyectos que propuestas concretas. En definitiva, más liderazgo social o político de estilos, ideas y principios.